

ro, no puede haber un hombre mas infeliz en el mundo, y que merezca menos compasion que un jugador que ha ganado mucho, y que se halla en la miseria. Abandonado de sus compañeros, entregado á sus tristes y dolorosas reflexiones, y recordando sin cesar el tiempo de sus abundancias, no encuentra consuelo alguno ni en la virtud misma que es el refugio de los hombres de bien, por no haberla conocido jamas, y se entrega todo á la desesperacion. Si este retrato pareciere exagerado, no hay mas que confrontarlo con los originales, que no dexa de haber en abundancia.

Se concluirá.

FABULA.

Traducida de Lafontaine.

EL PLEYTO.

A la orilla de la mar
 estaban dos Peregrinos,
 con el hambre mas canina
 que mortales han tenido.
 Uno de ellos vió una ostra,
 y al punto cogerla quiso,
 pero su buen camarada
 se mostró mucho mas vivo.
 Armaron una disputa
 en tono mas que atrevido,
 sobre á quién pertenecia
 el encontrado marisco.
 Cada uno para sí
 le queria, y de los dichos
 ya pasaban á las obras:
 mas por fortuna á aquel sitio
 Un caminante se acerca;
 les separa, y del litigio
 enterado, les promete
 decidir en recto juicio.

Se convinieron y entregaron
 la ostra al Jurisperito;
 éste la toma, y en vez
 de cumplir lo prometido,
 Cómela, y á cada uno
 dando una concha, les dixo:
 ya ven ustedes, Señores,
 que soy muy equitativo;
 Pues sepan por cosa cierta,
 y vivan muy persuadidos,
 que como yo son los mas
 de los jueces de este siglo.
 Es de notar que este caso
 sucedió en el siglo quinto,
 en un pais muy distante,
 de cuyo nombre me olvido.
 Y que ya lugar no tiene
 su máxima, pues es fixo
 que hoy los jueces son tan rectos
 como puros y benignos.

K. N.

